
C. S. LEWIS

AUTOR DE

LAS CRÓNICAS DE NARNIA

Esa horrible fortaleza



En su última aventura, a pesar de no salir de Thulcandra, la Tierra, el doctor Ransom se encuentra inmerso en un mundo de seres superiores que viven una frenética carrera científica. En este agresivo contexto dominado por la ciencia, Ransom se debate con cuestiones éticas y morales apelando a la sabiduría ancestral. Su búsqueda de la verdad es un apasionante viaje lleno de intriga y suspense.

a J. McNeill

La Sombra de esa horrible fortaleza tiene
seis millas y aún más de largo

Sir David Lindsay, en Ane Dialog (descrip-
ción de la Torre de Babel)

Prefacio

He llamado a esto un cuento de hadas con la esperanza de que a quienes les disguste la fantasía no sean llevados por los dos primeros capítulos a leer más adelante y luego se quejen de su desilusión. Si me preguntan por qué, pretendiendo escribir sobre magos, demonios, animales gesticulantes y ángeles planetarios, comienzo sin embargo con personajes y escenas tan ordinarios, contesto que sigo el procedimiento del cuento de hadas tradicional. No siempre advertimos su método, debido a que las cabañas, los castillos, los leñadores y los reyes mezquinos con los que se abre un cuento de hadas se han convertido para nosotros en algo tan remoto como las brujas y los ogros con los que sigue. Pero no eran remotos en absoluto para los hombres que hicieron y disfrutaron por primera vez de tales historias. Realmente, eran más reales y comunes para ellos que el *college*^[1] Bracton para mí, porque muchos campesinos alemanes se encontraron realmente con madrastras crueles, mientras que yo, en ninguna universidad, me he cruzado con un *college* como Bracton.

Éste es un «cuento» sobre demonología, aunque oculta una tesis seria, que he intentado desarrollar en *La abolición del hombre*. En el relato debía mostrar la cara externa de esa demonología, influyendo en la vida de alguna profesión común y respetable. Elegí mi propia profesión, no, desde luego, porque piense que los integrantes de los *colleges* pueden ser corrompidos de ese modo más que cualquier otra persona, sino porque, como es natural, mi propia profesión es la que mejor conozco. He imaginado una universi-

dad muy pequeña porque eso presenta ciertas conveniencias para la ficción. Salvo su pequeñez, Edgestow no guarda ningún parecido con Durham, una universidad con la que siempre me he relacionado gratamente.

Creo que una de las ideas centrales de esta historia se me ocurrió a partir de unas conversaciones que tuve con un colega científico, poco antes de encontrar una sugerencia bastante similar en la obra del señor Olaf Stapledon. Si no estoy equivocado, la imaginación del señor Stapledon es tan rica que bien puede permitirse conceder algo en préstamo, y admiro tanto su inventiva (aunque no su filosofía) que no me sentiría avergonzado de aceptar ese préstamo.

Los que quieran saber más sobre Numinor y el Verdadero Oeste deberán (¡ay!) esperar a la publicación de mucho de lo que todavía se encuentra sólo en los manuscritos de mi amigo, el profesor J. R. R. Tolkien.^[2]

El marco temporal de la historia es vagamente «después de la guerra». Concluye la trilogía de la que *Más allá del planeta silencioso* era la primera parte y *Perelandra* la segunda, pero puede leerse aislada.

C. S. Lewis
Magdalen College, Oxford

1. Venta de propiedades del college

—En tercer lugar, el matrimonio fue ordenado —se dijo Jane Studdock— para la mutua compañía, ayuda y consuelo que el uno debe brindarle al otro.

No había ido a la iglesia desde los días de escuela hasta seis meses antes de casarse, y las palabras de la misa se le habían quedado grabadas.

A través de la puerta abierta podía ver la diminuta cocina del apartamento y oír el tic tac fuerte, desconsiderado del reloj. Acababa de salir de la cocina y sabía lo ordenada que estaba. Las cosas del desayuno lavadas, los paños colgando sobre el fogón y el suelo fregado. Las camas estaban hechas y los cuartos «arreglados». Acababa de hacer la única compra que necesitaba del día y aún faltaba un minuto para las once. Aparte de su propio almuerzo y el té, no había nada por hacer hasta las seis, suponiendo que Mark fuera a cenar realmente en casa. Pero ese día había reunión en el college. Casi con seguridad, Mark la llamaría a la hora del té para decirle que la reunión le llevaría más tiempo del que había esperado y que se quedaría a cenar allí. Las horas se tendían ante ella tan vacías como el apartamento. El sol brillaba y el reloj hacía tic tac.

—Mutua compañía, ayuda y consuelo —dijo Jane con amargura.

En realidad, el matrimonio había demostrado ser la puerta de salida de un mundo de trabajo, camaradería, risas y cosas innumerables por hacer hacia algo que se parecía al confinamiento solitario. Durante algunos años antes del matrimonio nunca había visto tan poco a Mark como en

los últimos seis meses. Incluso cuando estaba en casa apenas hablaba. Siempre estaba somnoliento o mentalmente preocupado. Mientras habían sido amigos y, más tarde, cuando fueron amantes, la vida había parecido demasiado breve para todo lo que tenían por decirse el uno al otro. Pero ahora... ¿Por qué se había casado con ella? ¿Aún estaba enamorado? Si así era, «estar enamorado» debía de significar cosas completamente distintas para los hombres y las mujeres. ¿Acaso la cruda verdad residía en que todas las conversaciones interminables que a ella le habían parecido, antes de estar casados, la salsa del amor, no habían sido para él más que un preliminar?

—Aquí estoy, empezando a desperdiciar otra mañana, tonteando —se dijo Jane con aspereza—. Debo trabajar un poco.

Por trabajar se refería a la tesis de doctorado sobre Donne. Siempre había tenido la intención de continuar estudiando su propia carrera después de casarse: ése era uno de los motivos por los que no iban a tener niños, en cualquier caso, durante un buen tiempo. Tal vez Jane no fuese una pensadora original y su planteamiento había sido darle mucha importancia a la «triumfal vindicación del cuerpo» en Donne. Aún creía que si sacaba todos sus cuadernos de notas y apuntes y se ponía realmente manos a la obra, podía recuperar el entusiasmo por el tema. Pero, antes de hacerlo —tal vez con el propósito de demorar el momento de empezar—, le dio la vuelta al periódico que descansaba sobre la mesa y le echó un vistazo a una fotografía de la última página.

En cuanto vio la foto recordó el sueño. No sólo recordó el sueño, sino el tiempo sin medida que siguió al momento en que se deslizó fuera de la cama y se sentó a esperar el primer indicio del amanecer, temerosa de encender la luz por miedo a que Mark se despertara y se enfadara, aunque sintiéndose ofendida por el sonido de su respiración regular. Mark dormía muy bien. Sólo una cosa parecía capaz de

mantenerlo despierto después de acostarse y hasta eso no lo lograba durante mucho tiempo.

El terror de ese sueño, como el terror de la mayoría de los sueños, se esfuma cuando se cuenta, pero debe ser apuntado en beneficio de lo que vendrá más tarde.

Había empezado por soñar simplemente con un rostro. Era un rostro de aspecto extranjero, barbado y bastante amarillo, de nariz ganchuda. La expresión asustaba porque estaba asustado. La boca colgaba abierta y los ojos miraban con la misma fijeza que ella había visto en los ojos de otros hombres durante uno o dos segundos por una conmoción repentina. Pero esa cara parecía enfrentarse a una turbación que duraba horas. Después, poco a poco, Jane fue tomando conciencia de más cosas. El rostro pertenecía a un hombre que estaba sentado con la espalda encorvada en un rincón de una pequeña habitación cuadrada de paredes blanqueadas, «esperando —pensó ella— que los que lo tenían en su poder entraran y le hicieran algo horrible». Finalmente, la puerta se abrió y un hombre bastante guapo de barba gris y puntiaguda entró. El prisionero pareció reconocerlo como a un viejo conocido, se sentaron juntos y empezaron a hablar. En todos los sueños que Jane había tenido hasta entonces, comprendía lo que la gente del sueño decía o de lo contrario no lo oía. Pero en este sueño —y eso contribuía a provocar su extraordinario realismo— la conversación se desarrollaba en francés y Jane entendía fragmentos de ella, pero no toda, como habría ocurrido en la vida real. El visitante le estaba diciendo al prisionero algo que al parecer le hubiera gustado que éste tomara como buenas noticias. Y el prisionero al principio levantó la cabeza con un fulgor de esperanza en los ojos y dijo «*Tiens...* Ah... *Ça marche*», pero después vaciló y cambió de idea. El recién llegado seguía insistiendo en sus argumentos con voz grave, fluida. En su propio estilo frío era un hombre apuesto, pero usaba quevedos, que atrapaban la luz de tal modo que hacían invisibles los ojos. Eso, combinado con la

perfección casi anormal de los dientes, por algún motivo producía en Jane una impresión desagradable, que se veía aumentada por la angustia creciente y el terror del prisionero. Jane no podía descifrar lo que el visitante le estaba proponiendo, pero descubrió que el otro estaba sentenciado a muerte. Sea lo que fuere lo que el recién llegado le estaba ofreciendo era algo que lo asustaba más que eso. A esas alturas, el sueño dejaba de lado toda pretensión de realismo y se convertía en una pesadilla común. El visitante, ajustándose las gafas y mostrando aún su fría sonrisa, tomaba la cabeza del prisionero con las dos manos. La hacía girar con violencia... como Jane había visto hacer con el casco de un buzo. El visitante desenroscaba la cabeza del prisionero y se la llevaba. Entonces todo se volvió confuso. La cabeza seguía siendo el centro del sueño, pero ahora era una cabeza completamente distinta, una cabeza de barba blanco rojiza toda cubierta de tierra. Pertenece a un anciano a quien estaban desenterrando en una especie de cementerio parroquial: un tipo de hombre druídico, de antiguo britano, con un largo manto. A Jane eso no le importó mucho al principio porque creía que era un cadáver. Después notó de pronto que aquel ser antiguo volvía a la vida. «¡Cuidado! —gritó en el sueño—. Está vivo. ¡Deténganse, deténganse! Lo están despertando».

Pero no se detuvieron. El hombre anciano, enterrado, se sentó y empezó a hablar en algo que sonaba vagamente a español. Y, por algún motivo, eso asustó tanto a Jane que se despertó.

Ése era el sueño; no peor, aunque tampoco mejor, que muchas pesadillas. Pero no era el simple recuerdo de una pesadilla lo que hizo oscilar la sala del apartamento ante los ojos de Jane y la hizo sentarse con rapidez por temor a caerse. El problema estaba en otro sitio. Allí, en la última página del periódico, estaba la cabeza que había visto en la pesadilla: la primera cabeza (si es que había habido dos en la pesadilla)... la cabeza del prisionero. Con una resistencia

extrema levantó el periódico. «Ejecutan a Alcasan —decía el titular, y debajo—: Barba Azul científico a la guillotina». Recordó haber seguido vagamente el caso. Alcasan era un distinguido radiólogo de un país vecino —de origen árabe, según decían— que había acabado con su carrera, por lo demás brillante, al envenenar a su esposa. Así que ése era el origen del sueño. Debía de haber mirado la foto del periódico —por cierto el hombre tenía una cara muy desagradable— antes de acostarse. Pero no, no podía ser. Se trataba del periódico de esa mañana. Aunque, desde luego, debía de haber alguna imagen anterior que había visto y olvidado; probablemente semanas atrás, cuando empezó el proceso. Era una tontería dejar que la alterara de esa forma. Y ahora pasemos a Donne. Veamos, ¿dónde estábamos? El pasaje ambiguo al final de *Alquimia del amor*.

No esperes inteligencia en las mujeres; como máximo, dulzura y agudeza; ellas sólo son propiedad de la *Gran Madre*.

«No esperes inteligencia en las mujeres». ¿Algún hombre deseaba realmente inteligencia en las mujeres? Pero ése no era el punto.

—Debo recobrar mi capacidad de concentración —dijo Jane y luego—: ¿Hubo una fotografía anterior de Alcasan? Suponiendo...

Cinco minutos más tarde barrió con todos los libros, se dirigió al espejo, se puso el sombrero y salió. No estaba muy segura de adonde iba. A cualquier lugar, con tal de salir de la habitación, del apartamento, de la casa entera.

Mark, entretanto, caminaba hacia el *college* Bracton pensando en algo muy distinto. No advertía en absoluto la belleza matutina de la callecita que lo llevaba desde el areno-

so suburbio de la colina donde él y Jane vivían hacia la parte céntrica y académica de Edgestow.

Aunque me eduqué en Oxford y me encanta Cambridge, creo que Edgestow es más bonita que cualquiera de las dos.

Para empezar es muy pequeña. Ningún fabricante de automóviles, salchichas o mermelada ha llegado aún para industrializar los alrededores de la ciudad donde está la universidad, y la misma universidad es pequeña. Aparte de Bracton y de un *college* de señoritas del siglo XIX al otro lado de las vías del tren, hay sólo dos colegios: Northumberland, que se encuentra más abajo de Bracton, sobre el río Wynd, y el Duke's, frente a la abadía. Bracton no acepta miembros no graduados. Fue fundado en 1300, con diez hombres doctos cuyos deberes eran rogar por el alma de Henry de Bracton y estudiar las leyes de Inglaterra. El número de miembros ha ido aumentando poco a poco hasta llegar a cuarenta, de los cuales sólo seis (aparte del especialista en Bacon) estudian leyes y tal vez ninguno ruegue por el alma de Bracton. Mark Studdock era sociólogo y le habían concedido una beca de investigación hacia cinco años. Estaba empezando a hacerse un sitio. Si hubiese sentido alguna duda al respecto (lo que no ocurría), se habría disipado al encontrarse con Curry en la entrada de correos y ver lo natural que le resultaba a Curry que caminaran juntos hacia el *college* y discutieran los temas de la reunión. Curry era el vicerrector de Bracton.

—Sí —dijo Curry—. Será larguísima. Es probable que siga después de la cena. Vamos a tener a los obstruccionistas derrochando todo el tiempo que puedan. Pero por fortuna es lo peor que pueden llegar a hacer.

A juzgar por el tono de la respuesta de Studdock, no se habría adivinado el intenso placer que le producía el uso que había hecho Curry de ese *vamos* en plural. Hasta hacía bien poco había sido un extraño, que observaba el modo de actuar de lo que entonces llamaba «Curry y su pandilla»

con temor reverencial, comprendiendo poco y haciendo intervenciones breves y nerviosas en las reuniones del *college* que nunca influían en el curso de los acontecimientos. Ahora había entrado y «Curry y su pandilla» se habían transformado en «nosotros» o en «el elemento progresista del *college*». Todo había ocurrido de pronto y seguía teniendo un dulce sabor.

—¿Crees entonces que será así? —dijo Studdock.

—Desde luego —dijo Curry—. Tenemos con nosotros al rector y al tesorero y a toda la gente de química y bioquímica, para empezar. He abordado a Pelham y a Ted y podemos confiar en ellos. Le he hecho creer a Sancho que entiende el asunto y que está a favor. Es probable que Bill el Tormentas haga algo bastante destructor, pero está comprometido a ponerse de nuestro lado en el momento de los votos. Además, aún no te lo había dicho, Dick va a estar presente. Apareció a cenar anoche y se puso en acción de inmediato.

La mente de Studdock se lanzó de un lado a otro en busca de algún método seguro de ocultar que no sabía quién era Dick. En el último momento recordó un oscuro colega cuyo nombre de pila era Richard.

—¿Telford? —dijo Studdock con perplejidad.

Sabía muy bien que Telford no podía ser el Dick al que se refería Curry y en consecuencia le dio un leve matiz juguetón e irónico a la pregunta.

—¡Por Dios! ¡Telford! —dijo Curry riéndose—. No. Me refiero a lord Feverstone... Dick Devine le llamaban antes.

—Me desorientaba un poco la idea de Telford —dijo Studdock, uniéndose a la risa—. Me alegro de que venga Feverstone. No lo conozco, ¿sabes?

—Oh, deberías hacerlo —dijo Curry—. Mira, ven y cena conmigo esta noche. Lo he invitado.

—Me gustaría mucho —dijo Studdock con franqueza. Y después de una pausa agregó—: Entre paréntesis, ¿la posición de Feverstone es segura?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Curry.

—Bueno, tal vez recuerdes que hubo cierta discusión sobre si alguien que estaba tanto tiempo alejado podía seguir gozando de una beca de investigación.

—Oh, te refieres a Glossop y todo ese escándalo. No hay nada de que preocuparse por ese lado. ¿No lo tomaste como algo sin sentido?

—Entre nosotros, sí. Pero confieso que si me viera en la posición de explicar en público exactamente por qué un hombre que casi siempre está en Londres debe seguir siendo un miembro de Bracton, no me resultaría tan fácil hacerlo. Los verdaderos motivos son del tipo que Watson llamaría imponderables.

—No estoy de acuerdo. Yo no tendría el menor inconveniente en explicar los verdaderos motivos en público. ¿Acaso no es importante para un *college* como éste tener contactos influyentes con el mundo externo? No es en absoluto imposible que Dick integre el próximo Consejo. Incluso hasta ahora Dick ha sido condenadamente más útil para el *college* en Londres de lo que lo han sido Glossop y media docena más de los de su calaña quedándose aquí sentados toda la vida.

—Sí. Claro que eso es verdad, ¡aunque sería un poco difícil expresarlo de esa manera en una reunión del *college*!

—Hay algo que tal vez deberías saber sobre Dick —dijo Curry en un tono ligeramente menos íntimo.

—¿De qué se trata?

—El te consiguió la beca de investigación.

Mark se quedó en silencio. No le gustaban las cosas que le recordaban no sólo que él había estado una vez fuera del elemento progresista, sino incluso fuera del *college*. Tampoco le gustaba Curry siempre. El placer que sentía en su compañía no era ese tipo de placer.

—Sí —dijo Curry—. Denniston era tu rival más importante. Entre nosotros, mucha gente consideraba sus trabajos mejores que los tuyos. Fue Dick quien insistió sin cesar en

que tú eras el tipo de hombre que nosotros realmente necesitábamos. Anduvo dando vueltas en el Duke's y averiguó todo sobre ti. Decidió que lo único que había que considerar era el tipo de hombre que nos hacía falta y reírnos de las calificaciones obtenidas por medio de ensayos y disertaciones. Y debo reconocer que demostró estar en lo cierto.

—Gracias —dijo Studdock con una leve reverencia burlesca.

Estaba sorprendido por el giro que había tomado la conversación. Era una antigua regla de Bracton, y probablemente de la mayoría de los *colleges*, no mencionar nunca en presencia de un hombre las circunstancias de su propia elección, y Studdock no había advertido hasta ese momento que esa tradición formaba parte de las que el Elemento Progresista estaba dispuesto a derogar. Tampoco se le había ocurrido nunca que su elección hubiese dependido de algo que no fuera la excelencia de su trabajo en el examen para la beca de investigación y menos aún que se tratara de algo tan mezquino. Para entonces se había acostumbrado tanto a su posición que experimentó el curioso sentimiento que tiene un hombre cuando descubre que su padre una vez estuvo muy cerca de casarse con otra mujer.

—Sí —continuó Curry siguiendo otra cadena de pensamientos—. Ahora uno comprende que Denniston nunca habría servido. Decididamente no. Un hombre brillante en aquella época, ya lo creo, pero parece haberse descarrilado bastante desde entonces, con todo su distributivismo y demás. Me han dicho que es probable que acabe en un monasterio.

—De todos modos no es ningún tonto —repuso Studdock.

—Me alegra que vayas a conocer a Dick —dijo Curry—. Ahora no hay tiempo, pero me gustaría discutir contigo algo sobre él.

Studdock lo miró inquisitivamente.